

EL ESTADO Y LA INTELECTUALIDAD ESPAÑOLA AL SERVICIO DE LA MUSICA

Por ANTONIO FERNANDEZ-CID

NO por juvenil rebeldía, ni por voluntad de compensación al tan explotado criterio de considerar mejor cualquier etapa implicada ya en una historia, más o menos próxima, sino por puro sentido de la justicia, tan objetivo como, eso sí, pleno de ilusión, cabe afirmar que la afición musical en España ha cobrado unos vuelos apenas soñados en etapas anteriores. Los conciertos reclaman nuestra golosa atención, con ininterrumpidas llamadas; las sesiones filarmónicas se suceden día tras día, y un público entusiasta, solícito, acude, cada vez en mayor número, a teatros, centros y salas en que se cultiva la música de altura, en sus varias manifestaciones.

Para señalar tal avance, no es preciso retroceder a épocas lejanas, ni ampararse en relatos de antepasados, ni, en fin, releer crónicas y trabajos que nos hablen de un período «prehistórico» en lo que atañe a la iniciación de los conciertos públicos en España. Basta recordar el panorama patrio hace quince años, y un simple cortejo de cifras, si frías incontrastables, afirmará lo real

del incremento de pruebas, como lógica consecuencia de las demandas, cada vez más generalizadas, que conducen a la celebración de recitales, conciertos y sesiones de carácter musical.

Las causas de tan venturoso progreso son múltiples. Dos, sin embargo, podrían señalarse como decisivas: el apoyo estatal, la superación de un culpable clima de indiferencia por parte del sector intelectual, que si todavía no se halla del todo vencido, está en caminos de franca desaparición.

Cuando la paz extendió su manto por España, en los pliegues de las banderas victoriosas, entre reflejos de sangre y heroísmo, de triunfo y sacrificio, vino también, apenas escondido, un anhelo legítimo, un afán incontenible de compensar al espíritu de zozobras y rodearle de manjares mucho tiempo inasequibles: aquellos de que sólo pueden proveernos poetas, pintores, músicos, artistas, cualquiera que sea su especialidad.

En el terreno musical, una «Orquesta de Conciertos», otra «Sinfónica 1939», iniciaron el mensaje, con más decisión que fortuna. Pronto se habló de crear una Orquesta Nacional, de dar vida y amparo, con los organismos propios, a las Orquestas Municipales, de instituir concursos y premios para instrumentistas y compositores, de celebrar conferencias y conciertos.

Al mismo tiempo, en los locales del Ateneo madrileño, en un círculo recoleto, íntimo, la que pronto habría de ser Agrupación Nacional de Música de Cámara, abordó sus primeras pruebas, con el más feliz resultado. Entre los oyentes, algunos escritores de fuste, firmas insustituibles en las letras españolas, que se adentraban en la música por el camino más noble: el cuarteto de cuerda, manifestación que huye del alarde y evita cualquier énfasis culpable.

En esos años que siguieron a nuestra postguerra, Joaquín Rodrigo estrenó su *Concierto de Aranjuez*. Antes, dejará muestras de su talento en la colección de críticas y comentarios musicales recogidos en *Pueblo*. Ello, el anuncio de un concierto para guitarra y orquesta —en maridaje tan peligroso, como original y conseguido—, incluso el conocimiento de la persona y el descubrimiento de que no se trataba de un artista encerrado en los puros confi-

nes de su especialidad, sino de un espíritu cultivado, sensible al literario goce, sirvió para desvanecer prevenciones. Lo demás, como siempre, lo hizo la música. El cortejo de artículos, de glosas, hasta de poemas, ensanchó el radio de acción musical hasta un campo sino hostil indiferente hasta entonces.

Todo, con intensidad más o menos grande, ha contribuido a la difusión, al comienzo de la popularidad de nuestro arte. Las puertas de la Universidad, de otros Centros docentes, cerradas hasta ese instante, se abren con hospitalidad amorosa. Es un día, varios días, el cursillo modelo que Rodrigo explica en la Facultad de Filosofía y Letras; otro, el ciclo musical de Ramiro de Maeztu, y las conferencias y charlas musicales que se incluyen en los planes de trabajo por que se rigen los cursos de verano para extranjeros en Santiago, Vigo, Segovia y Jaca; y los conciertos en los Colegios mayores; y, en fin, los programas múltiples, muchos de ellos de gran inquietud selectiva, del Ateneo madrileño —también, en menor cantidad, del barcelonés—, cuyo salón de actos se abarrota de un público en que abunda el elemento intelectual. (Algún escritor de renombre quiso derivar de la gratuidad de estas sesiones el poco valor de sus llenos, sin darse cuenta de que no son sólo las conferencias musicales ilustradas, aquellas que se brindan por invitación, sino todas las otras disertaciones, muchas, que no alcanzan tan feliz acogida.)

Los amantes de la música, de tal forma, vemos que la legión de leales engrosa por instantes; que timideces y desconocimientos que vedaban contactos asiduos se derrumban, como las reservas de quienes temían enfrentarse con un lenguaje de comprensión dificultosa; que, en fin, se acepta que «música buena» no es sinónimo de «música para elegidos», —o locos, calificación de moda mucho tiempo—, sino regalo ideal para cualquier espíritu sensible; que lo menos importante es hallarse en posesión de una base técnica, que se puede reemplazar, incluso ventajosamente, por la cultura y el instinto refinado.

Todo se debe, al menos en lo fundamental, a ese apoyo de nuestro Estado, a esa lenta conversión de los intelectuales indiferentes,



cuyo influjo, por la autoridad y prestigio que poseen, puede conducir a resultados incalculables. Por eso, muy al contrario de los que —habituales gustadores o comentaristas de la música— se irritan cuando leen artículos, opiniones o juicios de quienes se acercan, por vez primera, a confines que suponían vedados, creo que deben aplaudirse, con ademán comprensivo, con júbilo, incluso, los iniciales pasos, por fuerza vacilantes; que pronto, en su firmeza y lealtad, podrá encontrarse la compensación mejor.

Apoyo estatal, atracción del elemento literario, educación infantil en Centros y Escuelas: he aquí la triple base de un proceso artístico en España. Pero de ese tercer camino se hablará en otra oportunidad. Que la materia no puede considerarse a la ligera. Y las proporciones lógicas de un artículo imponen el punto final.

